

X.

Los pobres del rey de Navarra.

Era tan grande la sorpresa en que se hallaba Chicot, que á pesar de haber quedado Enrique solo, no pensaba en salir de su gabinete.

El Bearnés levantó la tapicería y fué á tocarle en el hombro.

— Y bien, señor Chicot, ¿ qué te parece del modo con que he salido del apuro ? — preguntó Enrique.

— Maravillosamente, señor, — contestó Chicot aun más sorprendido. — Pero á la verdad, para un rey que no recibe embajadores muy á menudo,

parece que cuando los recibe V. M. los recibe buenos.

— Precisamente ; sin embargo, es á mi hermano Enrique á quien se los debo.

— ¿ Pues cómo así ? señor.

— Si no se empeñase en perseguir sin descanso á su pobre hermana, se guardarían de perseguirla los demás. ¿ Crees tú que á no saber el rey de España la afrenta pública hecha á la reina de Navarra cuando registró su litera un capitán de guardias, vendría proponiéndome que la repudiese ?

— Veo, señor, con satisfacción que será inútil cuanto se intente en ese sentido, y que nada en el mundo podrá romper la armonía que existe entre vos y la reina.

— Amigo mío, es muy obvio el interés que hay en enemistarnos.

— Confieso sin embargo, señor, que no puedo penetrarlo tanto como sin duda lo creéis.

— Sin duda lo único que desea mi hermano Enrique es que yo repudie á su hermana.

— ¿ Cómo ! suplico á V. M. que me lo explique. Vamos, no imaginaba que me esperaban tan buenas lecciones.

— Ya sabes, Chicot, que no se me ha entregado el dote de mi esposa.

— No, señor, no lo sabía, pero lo sospechaba.

— Que el dote se componía de trescientos mil escudos de oro.

— Bonita suma.

— Y de muchas ciudades libres, entre ellas la de Cahors.

— Linda ciudad á fe mía.

— He reclamado, no los trescientos mil escudos de oro, porque á pesar de mi pobreza me tengo por más rico que el rey de Francia, sino la ciudad de Cahors.

— ¡ Ah ! ¡ La ciudad de Cahors ! Habéis hecho bien, ¡ que diantre ! en vuestro lugar hubiera procedido yo del mismo modo.

— Y hé ahí por qué, — dijo el Bearnés sonriendo maliciosamente ; — hé ahí por qué... ¿ comprendes ahora ?

— Ni una palabra, así me lleve el diablo.

— Hé ahí por qué se desea enemistarme con mi esposa hasta el punto de que la repudie. No habiendo mujer no hay dote, Chicot, y por consiguiente adiós trescientos mil escudos, adiós ciudades.

sobre todo adiós Cahors. Este es un medio como otro cualquiera de eludir una palabra, y mi hermano el de Valois es muy diestro en jugar estas piezas.

— Sin embargo, se me figura que con gusto poseeríais esa plaza, ¿no es cierto, señor? — dijo Chicot.

— Sin duda, porque al fin ¿qué es mi reino reducido á Bearn? Un pobre y pequeño principado, tan exhausto por la avaricia de mi cuñado y de mi suegra, que el título de rey anejo á él es más bien un título de farsa.

— Al paso que Cahors añadido á este principado... — repuso Chicot.

— Cahors sería mi baluarte, la salvaguardia de los que profesan mi religión.

— Pues bien, haceos cuenta de que la habéis perdido para siempre, porque que estéis ó no enemistado con la reina Margarita, el rey de Francia nunca os dará la ciudad de Cahors, y á menos que no la toméis...

— ¡Oh! Yo la tomaría si no fuese tan fuerte y si yo no odiase tanto la guerra, — dijo Enrique.

— Cahors es inexpugnable, señor, — añadió Chicot.

Enrique contestó con la más aparente sencillez:

— Inexpugnable... Inexpugnable... Si tuviese yo un ejército... pero no le tengo.

— Escuchadme, señor, ya que no estamos aquí para echarnos requiebros, sino para hablar francamente, como se acostumbra entre gascones. Para tomar á Cahors, en donde está el señor de Vesin, sería preciso ser un Aníbal ó un César, y V. M...

— Acaba, — repuso Enrique con sardónica sonrisa.

— V. M. ha dicho que aborrece la guerra.

Enrique suspiró, brillando en sus miradas al mismo tiempo un rayo melancólico y sombrío; pero supo contener aquel movimiento involuntario, y pasándose por su oscura y espesa barba una mano ennegrecida por la intemperie, dijo:

— Nunca he desenvainado la espada ni la desenvainaré: soy un rey de paja y un hombre pacífico; y con todo, Chicot, por un contraste singular me gusta entretenerme en lances belicosos, lo cual consiste en la sangre que circula por mis venas. Mi antepasado San Luis tenía esta dicha, que siendo piadoso por educación, y tímido por naturaleza, cuando se ofrecía el caso era un terrible justador

de lanza, y lo que se llama una buena espada. Hablémós ahora, querido Chicot, del señor Vesin, que según parece es un Anibal y un César.

— Perdonadme, señor, si he tenido la desgracia de herir vuestro amor propio y de atormentaros. Solo os he hablado del señor Vesin para contener el ímpetu imprudente que la juventud fogosa y la poca práctica de los negocios han podido alimentar en vuestro corazón. Cahors está bien defendida y guardada, porque es la llave del Mediodía.

— ¡ Ah ! — contestó Enrique suspirando con más fuerza ; — demasiado lo sé.

— Es, — prosiguió Chicot, — la riqueza territorial unida á la seguridad de las demás provincias. Poseer á Cahors es tener los géneros, las cosechas, las granjas, los tesoros y las relaciones del país ; poseer á Cahors es conseguir las mayores ventajas ; no poseerla es verse precisado á tenerlas en contra.

— ¡ Ira de Dios ! — murmuró el rey de Navarra ; — por eso justamente quería yo poseer á Cahors ; por eso manifesté á mi pobre madre que hiciese de su entrega una de las condiciones *sine qua non* de mi matrimonio. ¡ Vaya ! Ahora hablo en latín... por

último, Cahors pertenece á mi esposa, se me había prometido y se me debe de justicia.

— Señor, deber y pagar...

— Tienes razón, Chicot, son dos cosas distintas, amigo mío ; de modo que, según veo, tú crees que nunca se me pagará.

— Al menos así se me figura.

— ¡ Demonio ! — exclamó Enrique.

— Y francamente... — añadió Chicot.

— ¡ Qué ?

— Me parece que harán bien.

— ¡ Y por qué, amigo mío ?

— Porque no habéis entendido vuestro oficio de rey, á pesar de haberos casado con una hija de Francia ; porque no habéis sabido hacerlos pagar la dote de vuestra esposa, primero en dinero y después en ciudades.

— ¡ Desgraciado ! — dijo Enrique sonriéndose con amargura, — ¿ no te acuerdas ya de la alarma de Saint-Germain-l'Auxerrois ? Me parece que un casado, á quien se trata de degollar durante la noche de sus bodas, no piensa tanto en su dote como en su vida.

— Está bien, — contestó Chicot.

— ¿Después? — preguntó Enrique.

— ¿Después? — continuó Chicot.

— Creo que hemos conseguido vivir en paz : pues bien, debíamos aprovecharnos de ella para negociar en vez de hacer el amor. Es mucho menos divertido, pero más provechoso. Digo esto, señor, tanto por el rey mi amo, como por vos : si Enrique de Francia tuviese en Enrique de Navarra un aliado fuerte, sería el monarca más poderoso, y suponiendo que católicos y protestantes pudiesen reunirse en un mismo interés político, aun cuando debatiesen más tarde sus intereses religiosos, católicos y protestantes, es decir, los dos Enriques harían temblar al género humano.

— Por mi parte, — observó Enrique con humildad, — como no aspiro á hacer temblar á nadie con tal que yo no tiemble... Pero, Chicot, no hablemos ya de esas cosas que tanto me inquietan el ánimo : si no poseo á Cahors, me pasaré sin él.

— Eso es muy duro.

— ¿Qué quieres? Tú mismo piensas que nunca Enrique me entregará esa ciudad.

— He dicho que se me figura, señor, y eso por tres razones.

— Dímelas, Chicot.

— Con mucho gusto : la primera porque Cahors es una ciudad de grandes productos que el rey de Francia prefiere reservarse á darlos.

— Eso no es muy honroso que digamos, señor Chicot.

— Eso es muy real, señor.

— ¿El retener lo ajeno con tal que nos agrade?

— Sí, señor, es aquello de *nominor quia leo*, y el león es el rey de los animales.

— Me acordaré de lo que acabas de decirme, mi buen Chicot, si algún día soy rey. ¿Y la segunda razón, hijo mío?

— Héla aquí : madama Catalina...

— ¿Conque todavía se mezcla en la política mi buena madre? — dijo Enrique interrumpiendo á Chicot.

— Sí, señor, y prefiere ver á su hija en París á verla en Nerac ; esto es, la quiere tener á su lado y no al vuestro.

— ¿Lo crees así? Con todo, no creo que ame á su hija tan locamente.

— Es cierto, pero Margarita os sirve de rehenes.

— Eres el mismo diablo, Chicot, y nunca hubie-

ra dado en ello; conozco que puedes tener razón, y que en caso de necesidad una princesa de Francia es una prenda. ¡Y bien!

— Según se van disminuyendo los recursos se va agotando el placer de la permanencia: Nerac es ciudad muy agradable, posee un parque encantador y alamedas que no existen en parte alguna; pero Margarita, privada de recursos, se fastidiará en Nerac y echará de menos el Louvre.

— Más me gusta la primera razón, — dijo el rey meneando la cabeza.

— En ese caso voy á exponeros la tercera. Entre el duque de Anjou que trata de fundar un trono y revuelve á Flandes, entre los de Guisa que ambicionan una corona y alborotan la Francia, entre S. M. el rey de España que aspira á la monarquía universal y revoluciona el mundo entero, estáis vos, príncipe de Navarra, que sois la balanza y mantenéis cierto equilibrio.

— Con muy poco peso, ¿eh?

— Justamente: volved los ojos á la república suiza, haceos poderoso, es decir, pesado, y haréis bajar el platillo de modo que no seréis ya contrapeso, sino peso efectivo.

— Chicot, me gusta mucho esa razón, y la has explicado perfectamente: eres un verdadero curial.

— Soy lo que puedo ser, señor, — respondió Chicot lisonjeado por el cumplimiento y abandonándose á la franqueza real que por primera vez se le brindaba con tanta intimidad.

— Esa es, pues, la explicación de mi estado actual, — observó Enrique.

— En todas sus partes.

— ¡Y yo, Chicot, que nada de eso veía! ¡Yo que esperaba!... ¿Qué te parece?

— Puedo daros un consejo, señor; cesad de esperar.

— Voy, pues, á hacer con el crédito que tengo contra el rey de Francia lo que hago con aquellos de mis súbditos que no me pagan las rentas: pondré una *P* al lado de su nombre.

— La cual quiere decir: *pagó*.

— Ni más ni menos.

— Poned dos, señor, y suspirad después.

Enrique suspiró.

— Así lo haré, Chicot, — dijo en seguida: — por lo demás, amigo mío, ya ves que se puede vivir

en Bearn, y que no tengo necesidad absoluta de estar en Cahors.

— Bien lo veo todo, y veo también confirmada mi opinión de que sois un príncipe prudente, un rey filósofo... pero ¿qué ruido es ese?

— ¿Ruido? ¿Hacia dónde?

— Según parece, hacia el patio.

— Mira por la ventana, amigo mío, mira.

Chicot se acercó á ella y dijo:

— Hay abajo, señor, como una docena de personas bastante mal aliñadas.

— ¡Ah! — exclamó el rey de Navarra levantándose, — son mis pobres.

— ¿Conque V. M. tiene pobres?

— Sin duda. ¿No nos recomienda Dios la caridad? Aunque no soy católico, no dejo de ser por eso buen cristiano.

— ¡Bravo, señor!

— Ven, Chicot, y bajemos á repartir juntos mis limosnas; después volveremos á subir para cenar.

— Señor, ya os sigo.

— Coge esa bolsa que está en el estante al lado de mi espada... ¿la ves?

— Ya la tengo.

— Perfectamente.

Bajaron por último; había llegado la noche, y el rey daba á entender en sus ademanes que se hallaba inquieto y cuidadoso.

Chicot le miraba y se entristecía al notar aquel desasosiego.

— ¿De dónde demonios, — se decía á sí mismo, — he sacado yo la idea de hablar de política á este valiente príncipe? De seguro que he acibarado su corazón. Soy decididamente un estúpido belitre.

Llegados al patio, Enrique de Navarra se adelantó hacia el grupo de mendigos que Chicot había divisado desde la ventana del gabinete.

Componíase en efecto de una docena de hombres, cuya estatura, fisonomía y traje eran distintos; un mediano observador los hubiera conocido al punto en su voz, en sus ademanes y gestos por gitanos, por extranjeros oscuros, por viajeros necesitados, al paso que un observador experimentado pronto hubiera dicho que eran caballeros disfrazados.

Enrique pidió á Chicot la bolsa, é hizo una seña que todos los mendigos comprendieron, al parecer, perfectamente.

Acercáronse en seguida todos ellos, y uno á uno, para saludarle con cierta humildad que no excluía repetidas miradas de inteligencia y de audacia, dirigidas solo al rey, y que parecían decirle:

— Bajo estos disfraces laten corazones ardientes.

Enrique les contestó con un movimiento de cabeza, é introduciendo el índice y el pulgar en la bolsa, sacó una moneda.

— Señor, — le dijo Chicot, — ¿no veis que es de oro?

— Sí, amigo mío, ya lo sé.

— ¡Cáspita! Sois rico.

— ¡No ves, amigo mío, — repuso Enrique sonriéndose, — que todas estas piezas de oro me sirven para dos limosnas? Soy pobre, Chicot, soy pobre, y me veo obligado á partir mis doblones de oro en dos partes para que no se acaben tan pronto.

— Es verdad, — observó Chicot extrañamente sorprendido: — son medias piezas cortadas y tienen caprichosos dibujos.

— ¡Oh! En eso me parezco á mi hermano el rey de Francia, que se entretiene en recortar estampas de santos; yo también tengo mi manía y me

divierto en hacer dos de cada pieza de oro, porque un bearnés pobre y honrado es industrioso como un judío.

— Perfectamente, señor, — respondió Chicot meneando la cabeza; — pues creía que semejante circunstancia ocultaba algún misterio: no deja de ser este un modo singular de dar limosna.

— ¿No la darías tú así?

— No por cierto; en vez de cortar las piezas, daría una entera al primero diciéndole: para ti y para ese otro; y así sucesivamente.

— Serían capaces de aporrearse unos á otros, de modo que en lugar de hacer bien, daría yo márgen á un escándalo.

— Corriente, — murmuró Chicot, resumiendo en esta palabra que es la quinta esencia de todas las filosofías, su oposición á las extrañas ideas del rey.

Enrique sacó, pues, de la bolsa media pieza de oro, y colocándose delante del primer mendigo con la calma y tranquilidad que distinguieron siempre su carácter, miró á aquel hombre sin dirigirle la palabra, pero no sin interrogarle con la vista.

— Agen, — dijo el pobre inclinándose.



— ¿Cuántos? — preguntó el rey.

— Quinientos.

— Cahors. — Y diciendo esto le entregó la media pieza y sacó otra de la bolsa.

El mendigo saludó con más humildad que la vez primera y se alejó.

Otro le reemplazó frente al rey, á quien hizo su correspondiente reverencia, pronunciando esta palabra:

— Auch.

— ¿Cuántos?

— Trescientos cincuenta.

— Cahors. — Y le dió la segunda moneda, y volvió á sacar otra.

El segundo pobre desapareció como el primero: se adelantó el tercero, saludó y dijo:

— Narbona.

— ¿Cuántos?

— Ochocientos.

— Cahors. — Y el rey alargó su media pieza, tomando la cuarta de la bolsa.

— Montauban, — murmuró el mendigo.

— ¿Cuántos?

— Seiscientos.

— Cahors.

En una palabra, todos los pobres se fueron acercando, pronunciaron un nombre, recibieron la extraña y singular limosna y pronunciaron sus cifras numéricas, cuyo total sumó ocho mil.

Á todos respondió Enrique: — Cahors, — sin variar una sola vez el acento de su voz en la pronunciación de la palabra.

Acabada la distribución, no quedaron más medias piezas en la bolsa, ni mendigos en el patio.

— Se concluyó, — dijo Enrique.

— ¿Eso es todo, señor? — preguntó Chicot.

— Sí, acabóse.

— ¡Señor! — dijo Chicot tirándole de la manga.

— ¿Qué hay? — preguntó el rey.

— ¿Me permite V. M. ser curioso?

— ¿Por qué no? La curiosidad es una cosa natural.

— ¿Qué decían esos mendigos, y qué diantres respondía V. M.?

Enrique se sonrió.

— Es que en verdad aquí todo es misterio, —

— continuó Chicot.

— ¿De veras?

— Sí, señor, jamás he visto hacer limosna de ese modo.

— Es la costumbre de Nerae, mi querido Chicot, ya sabes el refrán de, cada villa tiene su maravilla.

— Pues, señor, es una costumbre muy particular.

— No, yo te lo aseguro, nada es más natural; todos esos mendigos que acabas de ver, recorren el país pidiendo limosna; pero todos son de villas diferentes.

— Y bien, señor, ¿qué tiene que ver?...

— Para que no dé siempre al mismo, me dicen el nombre de su pueblo; de esta manera, tú comprendes, mi querido Chicot, puedo repartir igualmente mis beneficios, y puedo ser útil á todos los desgraciados de todas las villas de mis Estados.

— Está bien, señor, en cuanto al nombre de la ciudad que ellos dicen á V. M., pero ¿por qué responderles á todos Cahors?

— ¡Ah! — replicó Enrique con un aire de sorpresa perfectamente fingido; — ¿yo les he respondido Cahors?

— ¡Pardiez!

— ¿Lo crees así?

— Estoy seguro de ello.

— ¿Sabes que desde que hemos hablado de Cahors tengo sin cesar este nombre en la boca? En esto me sucede como en todas las cosas que uno desea ardientemente y que no puede poseer: se piensa en ellas y se las nombra aun en sueños.

— ¡Hum! — murmuró Chicot examinando con desconfianza la parte del patio por la cual habían desaparecido los mendigos; — no está eso tan claro como yo quisiera, señor, y falta otra cosa.

— ¡Cómo! ¿todavía?

— Sí, señor, falta comprender lo que significan los números que todos pronunciaban y cuyo total asciende á más de ocho mil.

— ¡Ah! En cuanto á esos números, Chicot, estoy tan adelantado como tú y no he comprendido una palabra; á no ser que como los mendigos están divididos por corporaciones, lo cual no ignoras, hayan de ese modo querido indicarme la cifra respectiva de cada una de ellas, cosa que me parece probable.

— ¡Señor! ¡Señor!

— Vamos á cenar, amigo mío, pues nada aguza tanto el ingenio como el tener repleto el estómago;

discutiremos en la mesa, y verás que si mis monedas están cortadas, mis botellas se conservan llenas.

El rey llamó á un paje y pidió la cena.

Tomando en seguida familiarmente el brazo de Chicot, subió á su gabinete, en donde ya estaba puesta la mesa.

Al pasar por delante del aposento particular de la reina miró hacia las ventanas y no vió luz alguna.

— Paje, — preguntó, — ¿no está en su habitación S. M. la reina?

— S. M., — contestó el paje, — ha ido á visitar á la señorita de Montmorency, que según se dice está muy enferma.

— ¡ Ah ! ¡ Pobre Fosseuse ! — dijo Enrique : — ciertamente que la reina tiene buen corazón. Vamos á cenar, Chicot, vamos á cenar.

## XI

### La verdadera querida del rey de Navarra.

La cena fué de las más alegres : parecía que Enrique no tenía nada ya de que ocupar su pensamiento ni su corazón, y cuando el Bearnés se hallaba en esas excelentes disposiciones era un buen convidado.

En cuanto á Chicot, disimulaba lo mejor que podía el principio de inquietud que se apoderó de